

OPTANTES

In Luce Et Veritate

*El primer evangelizado
es el misionero*

Cuando las abejas regresan en diciembre

La experiencia misionera
en la formación del
fraile predicador



B

ien dicen por ahí que el misionero, cuando regresa de su lugar de misión, no solamente llega con la satisfacción de haberlo dado todo y de haber evangelizado, sino que también llega con la riqueza de lo recibido en los lugares que visitó y de las personas con las que compartió. Se convierte en el primer evangelizado y llega con una manera de vivir la fe y una forma distinta de ver la transmisión del mensaje evangélico. Desde esta perspectiva, la misión de los frailes es una oportunidad provechosa para crecer en la fe, en lo personal y en el carisma como frailes predicadores. En ese sentido, me gustaría compartir una experiencia que sirve de ejemplo del enriquecimiento que un fraile puede recibir en estas misiones.

En La Guajira ocurre un fenómeno natural con aroma a realismo mágico, y coincide con el Adviento. Durante los meses de noviembre y diciembre, en las jornadas vespertinas y matutinas, antes de la salida del sol, una brisa fresca se adueña del lugar y la temperatura baja. Además, como si esta brisa decembrina sirviera de transporte, unas abejas, cual, si fueran misioneras, por su forma de llegar sin un rumbo fijo, arriban en las madrugadas de los días de las misas de aguinaldos a la parroquia San Francisco de Asís de Riohacha sin intención de construir una colmena permanente, similar a la vida de los misioneros. Todos los años ocurre lo mismo: revolotean entrando y saliendo de la sacristía mientras el sacerdote y los monaguillos se revisten; luego, al terminar la temporada, se van.

Observar el comportamiento de estas abejas me hace pensar en los misioneros, sobre todo en los primeros que llegaron a esta tierra del olvido y en su genialidad para predicar. En este sentido, el texto Historia de los dominicos en Colombia, de fray Alberto Ariza, expresa:

“La Palabra es la expresión sensible del concepto de las realidades. El pensamiento es el lenguaje del alma. La cristianización no era de cosas, sino de almas. Había que escrutar, ir a lo profundo de las almas para iluminar ese nuevo mundo con la luz del Evangelio, promoviendo la conservación y el incremento de lo sabido y de lo recto que en toda cultura se halla. No era posible sino dominando el lenguaje nativo”.



Además, esta imagen simbólica de las abejas me recuerda también las limitaciones de los primeros evangelizadores, quienes, aunque al principio no tenían un rumbo fijo, se las ingeniaron para transmitir el mensaje de Cristo. Deseosos de hacerse entender, no se quedaron únicamente en la intención de catequizar, sino que realizaron un verdadero intercambio cultural. No pensaban en el indígena como el único al que había que enseñar, ni como alguien carente de conocimientos. Al contrario, los primeros enriquecidos fueron los mismos frailes. Aprendieron la lengua muisca, uno de los muchos dialectos y a pesar de la diversidad lingüística del territorio, se valieron de la lengua más extendida, la de los muiscas, para poder darse a entender.

Sobre esto, resulta iluminador lo que recoge fray Alberto Ariza acerca del Capítulo General de 1571, llevado a cabo en el convento de Santa María sopra Minerva:

“Amonestamos a los Provinciales y demás prelados de los Reinos de España que con todo interés y celo de caridad favorezcan a quienes buscan misioneros, y apoyen a los religiosos idóneos para ir a las Indias, y no se lo impidan, ya que allí es muy abundante la mies y operarios pocos. Y si lo juzgaren oportuno, señalen algún convento en el cual los candidatos a esa misión aprendan las lenguas indígenas y se preparen para ella. Asimismo, a los prelados de los conventos de las Indias, sean cuidadosos en recibir a los novicios, y no se comporten difíciles en aceptar los de procedencia indígena, con tal que sean idóneos; y luego, cuanto antes puedan, los envíen a los Estudios Generales”.





Así, los dominicos fueron pioneros en la encarnación del Evangelio en las tradiciones particulares de los pueblos. Por ello, siguen siendo una inspiración para nuestras predicaciones actuales, invitándonos a utilizar este modelo propio de la tradición dominicana: tomar elementos de las narrativas de los pueblos a los que se llega como misioneros y, desde allí, hacer una predicación contextualizada. De esta manera, tanto el fraile como la comunidad van construyendo una identidad y un sentido de pertenencia unidos al mensaje de Cristo, quien da sentido pleno a esas mismas costumbres.

Precisamente en esa línea, una predicación en el contexto de la misión en Riohacha, lugar donde regresan las abejas en diciembre, podría encontrar una valiosa oportunidad de conexión entre el mensaje evangélico y algunos elementos propios de la identidad guajira. Dado que el

vallenato constituye una expresión fundamental de su cultura y de su manera de narrar la vida, la historia de Bienvenido, juglar vallenato y compositor del paseo *Berta Caldera*, se convierte en una oportunidad que podría servir como una mediación especialmente significativa para anunciar el Evangelio.

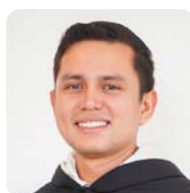
El mensaje de este vallenato narra la historia del mismo Bienvenido, quien espera un amor no correspondido de una señorita llamada Berta Caldera, que vivía en Oreganal, una rancharía cerca del pueblo de Barrancas, en el centro de La Guajira. Esta historia, profundamente humana, evoca también la espera propia del Adviento. Sin embargo, a diferencia de ese amor no correspondido, la espera del Mesías es la espera de un amor fiel, eterno y definitivo. A partir de una mediación cultural como esta, la predicación podría ayudar a que los fieles comprendan, desde





su propia identidad y desde sus propios códigos narrativos, la esperanza que solo viene de Cristo, nuestro Salvador. Aunque, en sentido estricto, la espera presente en este vallenato no puede compararse plenamente con la espera del Mesías, sí comparten una dimensión profundamente humana y sentimental: la intensidad del anhelo, la fuerza del deseo y la expectativa de quien espera con esperanza la llegada de alguien.

Por ello, encarnar el Evangelio en la realidad concreta de cada cultura constituye una de las maneras más auténticamente dominicanas de predicar. Para los frailes en formación, estos espacios de misión se convierten en una oportunidad para adquirir herramientas fundamentales para la predicación dominicana, pero también para crecer como personas gracias a las historias que se construyen y comparten. Sobre todo, representan una ocasión privilegiada para crecer en relación con Dios, a través de la manera sencilla y profunda en que las comunidades viven la fe y la piedad popular. Todo ello puede comenzar, incluso, con la observación atenta de unos pequeños seres alados que siempre regresan en diciembre.



Fray Milton Javier
Jaimes Montañez, O.P.